

Sergio Pitol

El tercer personaje



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Primera edición mexicana:
Ediciones Era
México, D.F., 2013

Ilustración: foto del autor, © Phil Burkinshaw

Primera edición: octubre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Sergio Pitol, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6370-3

Depósito Legal: B. 16631-2014

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

EL TERCER PERSONAJE

Hace algunos años, en el Instituto Cervantes de Nueva York, el gran crítico Harold Bloom leyó una ponencia sobre Cervantes y Shakespeare. Para Bloom estos dos autores comparten la supremacía entre todos los escritores occidentales desde el Renacimiento hasta nuestros días. La diferencia radical, explica, es que Shakespeare nos enseña a hablar con nosotros mismos y, en cambio, Cervantes nos enseña a hablar entre unos y otros. Hamlet es, en definitiva, un individuo indiferente hacia sí mismo y hacia los demás, mientras que el hidalgo español se preocupa por sí mismo, por Sancho y por quienes requieren ayuda.

«En sus obras Shakespeare no aparece ni siquiera en sus sonetos. Esa casi invisibilidad es la que anima a esos fanáticos que creen que cualquiera menos Shakespeare escribió sus obras. Cada cierto tiempo descubren un nuevo autor de *Troilo y Cressida*, *Medida por medida*, *La tempestad*. Que yo sepa, el mundo hispánico no da refugio a ninguna banda que se esfuerce por demostrar que Lope de Vega o Calderón de la Barca escribieron *Don Quijote*. Cervantes habita su gran libro de manera tan omnipresente que necesitamos darnos cuenta de que contiene tres

personalidades excepcionales: el caballero andante, Sancho y el propio Cervantes.» Hasta allí Bloom.

¡Sí, el tercer hombre de una monumental obra! Un Cervantes de quien sabemos aún poco, de quien hay sólo dos retratos, uno en la Real Academia Española de la Lengua y otro en una colección privada, aunque hay dudas de que ninguno de los dos es auténtico. No hay cartas, ni papeles íntimos, ni libros que estuvieran en su biblioteca. Pero su presencia en el libro es inmensa.

Una de las más interesantes biografías es la del francés Jean Canavaggio, en la que ampliamente me apoyo; tiene la cualidad de destacar los interrogantes tanto como las afirmaciones. Del padre de Cervantes, un cirujano mediocre y derrotado, se puede conocer el itinerario de su vida. Va de ciudad en ciudad para ejercer su oficio. Algunas veces cayó en prisión por deudas. Por las actas judiciales y notariales se podrían seguir todas sus rutas. No se sabe si sus hijos vivían con él o con algunos familiares. En cambio, la primera señal de su hijo Miguel es de 1568; a sus veintiún años aparecieron cuatro poemas con su nombre en una relación oficial de las exequias de Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Al año siguiente, una provisión real ordenaba encarcelar a un joven llamado Miguel de Cervantes, condenado a cortársele públicamente la mano derecha y a ser desterrado por diez años del reino. Fue por un duelo. Poco después aparece en Roma al servicio de Giulio Acquaviva, un jovencísimo cardenal, de mala fama según Juan Goytisolo, quien lo protegió y lo hizo su ayuda de cámara. Un año después abrazó la carrera de armas. Es herido en Lepanto contra los turcos, donde sufrió la herida de una mano y otras del pecho. Inmediatamente se le nombró *soldado aventajado* para que pudiera cobrar rápidamente y tener un sueldo más alto. Residió en Italia

durante cinco años. Vivió el final del Renacimiento y el inicio de la Contrarreforma. En cada sesión del Palacio de Acquaviva el diálogo recaía en torno a la dignidad de la persona y las ideas sobre la armonía del hombre y la naturaleza propugnadas por los humanistas italianos. Hablarían de Campanella, Bruno, Paracelso, quienes elaboraron sus propias teorías científico-filosóficas sobre las artes mágicas. Recordarían también que Pico della Mirandola se había convencido de que la magia, la cábala y la religión estaban unidas por lazos indisolubles. Veinte años después en Italia, la Contrarreforma habría arrasado aquel clima de creación cultural. Algunos humanistas se exiliaron en los países protestantes, otros se volvieron invisibles, otros más fueron quemados en las plazas públicas o se pudrieron en las salas de tortura de la Inquisición.

Cervantes fue un lector insaciable. En Italia leyó sobre todo a Petrarca, Ariosto, Tasso, Boccaccio y Bandello. Cinco años después de llegar a Roma trató de volver a su país, con una cultura amplia y refinada y con una inmensa experiencia vital. Probablemente la persecución por el duelo estaría ya anulada, por haber sido una herida no mortal. De camino a España es hecho prisionero por los berberiscos frente a la costa de Cataluña. Cinco años estuvo cautivo en Argel. Al llegar a tierra, los pasajeros y marineros de la fragata en que viajaba fueron repartidos en los mercados de esclavos. Cervantes no sufrió esa humillación; el capitán de la nave, Dalí Mamí, un griego converso, amigo del rey de Argel, lo eligió como empleado personal. Al revisar el equipaje del cautivo el capitán encontró algunos documentos con varios sellos oficiales, los hizo traducir y para su sorpresa encontró dos cartas de recomendación firmadas una por don Juan de Austria, el hermano bastardo de Felipe II, el héroe de Lepanto, y otra por el duque de Ses-

sa, dos grandes de España. Esas firmas prestigiosas lo salvaron de hacer cualquier trabajo. Dalí Mamí, persuadido de que tenía en las manos a un personaje excepcional de la nobleza española, le puso como precio de rescate la exorbitante suma de quinientos escudos de oro. La historia que cuenta el cautivo en *El Quijote* está compuesta por pasajes autobiográficos: «Yo estaba encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran a los cautivos cristianos, así los que son del rey como los de algunos particulares. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga el rescate. También los cautivos del rey no salen al trabajo con la demás chusma.»

Uno de los testigos que declararían en su favor, al ser liberado cinco años después, insistió en sus excelentes relaciones con la élite de sus compañeros, «toda la flor de los cristianos cautivos en Argel», sacerdotes, magistrados, religiosos de varias órdenes, gentilhombres, oficiales y demás servidores de Su Majestad. Todos ellos lo respetaban, salvo unos cuantos que lo aborrecían visceralmente por saber que mantenía relaciones con renegados y moros ricos, como su amo y su familia, altos funcionarios.

En los años que estuvo cautivo en Argel trató cuatro veces de escapar con otros colegas, pero nunca lo logró. Casi todos los evadidos fueron castigados terriblemente, empalados, mutilados; otros, los menos, sometidos en los baños a golpes, hambre y cadenas para siempre. Un cronista de la época, fray Diego de Haedo, escribe sobre el último intento de fuga de Cervantes; la meta era llegar a Orán, entonces territorio español, con un moro como adelantado. «El dicho moro, llevando las cartas a Orán, fue tomado de otros moros y sospechando del mal por las

cartas que le hallaron, le prendieron y le trajeron a Argel a Hasán-Bajá, el rey, quien, vistas las cartas y la firma y nombre del dicho Miguel de Cervantes, mandó empalar al moro, el cual murió con mucha constancia, sin manifestar cosa alguna; y al dicho Miguel de Cervantes mandó dar dos mil palos», y en otra crónica, Diego de Haedo escribió después: «Hasán-Bajá jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.» Lo extraño fue que Hasán-Bajá no sólo le salvó la vida, sino que lo tuvo encerrado en su mismo palacio, y cuando su dueño, Dalí Mamí, regresó de un viaje, Hasán le compró su esclavo por el precio inicial de quinientos escudos de oro.

En agosto de 1580 dos monjes trinitarios llegaron a Argel para rescatar a un centenar de cautivos, puestos en venta por Hasán-Bajá. El plazo de su reinado había concluido y preparaba su retorno a Constantinopla. Las negociaciones habían llevado seis meses. La familia de Cervantes sólo pudo conseguir doscientos ochenta escudos, las dotes de sus hermanas, por cierto; los otros doscientos veinte los consiguieron los trinitarios del fondo general de su orden y de los mercaderes cristianos instalados en Argel. El 24 de octubre se embarca con otros prisioneros. Su cautiverio duró cinco años y unos cuantos días. Llegó a los veintisiete años y salió a los treinta y dos. Las últimas semanas en Argel fueron infernales. Un dominico, Juan Blanco de Paz, el más acérrimo enemigo de Cervantes, al enterarse de que podría ser rescatado y volver a España, inició una violenta campaña de difamación en su contra. Era una acusación sobre «cosas viciosas y feas, y demasiada cercanía a los berberiscos». La amenaza era grave, porque se suponía que Blanco de Paz era comisario de la Inquisi-